

## Capítulo VIII

### El Colapso del Imperio Romano

**VERS. 1: Y cuando él abrió el séptimo sello, fué hecho silencio en el cielo casi por media hora.**

**EL PRIMER** versículo de este capítulo se relaciona con los sucesos mencionados en los capítulos anteriores, y por lo tanto no debiera estar separado de ellos por la división del capítulo. Aquí se reanuda y se concluye la serie de los siete sellos. El sexto capítulo del Apocalipsis termina con la exposición de los sucesos del sexto sello, y el octavo empieza con la apertura del séptimo sello. De ahí que el séptimo capítulo represente un paréntesis entre el sexto sello y el séptimo, y es aparente que el sellamiento de Apocalipsis 7 pertenece al sexto sello.

*Silencio en el cielo.*--El sexto sello no nos lleva hasta la segunda venida de Cristo, aunque abarca acontecimientos estrechamente relacionados con esa venida. Introduce las espantosas conmociones de los elementos, en las cuales se apartan los cielos como un libro que se arrolla, se desgarran la superficie de la tierra, y los impíos confiesan que ha llegado el gran día de la ira de Dios. Se hallan indudablemente a la expectativa de ver al Rey aparecer en gloria. Pero el sello no llega hasta ese acontecimiento. La aparición personal de Cristo debe, por lo tanto, ocurrir durante el siguiente sello.

Cuando aparece el Señor, viene con todos los santos ángeles. (Mateo 25:31.) Cuando todos los tañedores de arpa celestiales abandonan los atrios de Dios para venir a esta tierra con su divino Señor mientras desciende a buscar los frutos de su obra redentora, ¿no habrá silencio en el cielo? Este período de silencio, si lo consideramos como tiempo profético, durará más o menos siete días.

**VERS. 2: Y vi los siete ángeles que estaban delante de Dios: y les fueron dadas siete trompetas.**

Este versículo introduce una nueva y distinta serie de eventos. En los sellos tenemos la historia de la iglesia durante lo que llamamos la era cristiana. En las siete trompetas que se introducen ahora tenemos los principales acontecimientos políticos y bélicos que se producen durante el mismo tiempo.

**VERS. 3-5: Y otro ángel vino, y se paró delante del altar, teniendo un incensario de oro; y le fué dado mucho incienso para que lo añadiese a las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que estaba delante del trono. Y el humo del incienso subió de la mano del ángel delante de Dios, con las oraciones de los santos. Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y echólo en la tierra; y fueron hechos truenos y voces y relámpagos y terremotos.**

Después de introducir a los siete ángeles sobre el escenario en el versículo 2, Juan llama por un momento nuestra atención a una escena completamente diferente. El ángel que se acerca al altar no es uno de los siete que reciben las trompetas. El altar es el del incienso, que en el santuario terrenal se encontraba en el primer departamento. Encontramos, pues, aquí otra prueba de que hay en

el cielo un santuario con sus correspondientes enseres para el servicio. Era el original del que el terrenal era una figura; y las visiones de Juan nos llevan al interior de ese santuario celestial. Vemos realizarse en él un ministerio en favor de todos los santos. Indudablemente se nos presenta aquí toda la obra de mediación que se lleva a cabo en favor del pueblo de Dios durante la era evangélica. Esto se desprende del hecho de que el ángel ofrece su incienso con las oraciones de *todos* los santos. El acto del ángel al llenar de fuego su incensario y arrojarlo a la tierra evidencia que esta visión nos lleva al fin del tiempo, y por este acto indica que su obra ha terminado. Ya no se han de ofrecer más oraciones mezcladas con incienso. Este acto simbólico puede aplicarse tan sólo al momento en que termine para siempre en el santuario el ministerio de Cristo en favor de la humanidad. Después de aquel acto del ángel, hay voces, truenos, relámpagos, y terremotos; exactamente lo que según se nos dice en otra parte, ha de suceder cuando termine el tiempo de gracia de los hombres. (Véase Apocalipsis 11:19; 16:17, 18.)

Pero ¿por qué se insertan estos versículos aquí? Constituyen un mensaje de esperanza y consuelo para la iglesia. Han sido introducidos los siete ángeles con sus trompetas bélicas; se van a producir escenas terribles cuando toquen esas trompetas; pero antes que empiecen a tocar, se le hace ver al pueblo de Dios la obra de mediación que en su favor se realiza en el cielo, y se le induce a contemplar lo que será la fuente de su fortaleza y ayuda durante ese tiempo. Aunque sea arrojado a las tumultuosas olas de la guerra y contienda, debe recordar que su gran Sumo Sacerdote sigue ministrando por él en el santuario celestial. Hacia ese lugar sagrado podrá dirigir sus oraciones con la seguridad de que serán ofrecidas con incienso a su Padre celestial. Así podrá obtener fuerza y sustento en toda su tribulación.

**VERS. 6: Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas, se aparejaron para tocar.**

*Las siete trompetas.*--Se reanuda la consideración de las siete trompetas, que ocuparán el resto de este capítulo y todo el 9. El símbolo de las trompetas tocadas por los siete ángeles complementa lo que anunciaba la profecía de Daniel 2 y 7 para después de la división del viejo Imperio Romano en diez reinos. En las primeras cuatro trompetas, tenemos una descripción de los sucesos especiales que señalaron la caída de Roma.

**VERS. 7: Y el primer ángel tocó la trompeta, y fué hecho granizo y fuego, mezclado con sangre, y fueron arrojados a la tierra; y la tercera parte de los árboles fué quemada, y quemóse toda la hierba verde.**

Alejandro Keith ha observado apropiadamente lo siguiente:

"Nadie podría elucidar más claramente los textos, o exponerlos más completamente, de lo que ha realizado esta tarca el historiador Gibbon. Los capítulos del filósofo excéptico que tratan directamente el asunto, necesitan solamente que se los haga preceder por un texto y se borren algunas palabras profanas, para formar una serie de exposiciones de los capítulos 8 y 9 del Apocalipsis de Jesucristo."[\[1\]](#) "Poco o nada le queda que hacer al que profesa interpretarlos, sino señalar las páginas de Gibbon."[\[2\]](#)

El primer castigo grave que cayó sobre la Roma Occidental en su derrumbamiento, fué la guerra con los godos mandados por Alarico, que preparó el camino para otras incursiones. La muerte del emperador romano Teodosio ocurrió en enero de 395, y antes del fin del invierno los godos dirigidos por Alarico guerreaban contra el imperio.

La primera invasión que dirigió Alarico asoló el Imperio Oriental. Tomó él las ciudades famosas y esclavizó a muchos de sus habitantes. Conquistó las regiones de Tracia, Macedonia, el Atica y el Peloponeso, pero no llegó a la ciudad de Roma. Más tarde, el jefe godo cruzó los Alpes y los Apeninos y se presentó ante los muros de la Ciudad Eterna, que cayó presa de los bárbaros en 410.

"Granizo y fuego, mezclado con sangre" fueron arrojados sobre la tierra. Los terribles efectos de la invasión goda nos son representados como "granizo," por el origen septentrional de los invasores; como "fuego" por la destrucción de ciudades y campos por las llamas; y "sangre" por la terrible matanza de los ciudadanos del imperio que realizaron aquellos audaces e intrépidos guerreros.

*La primera trompeta*,--El toque de la primera trompeta se sitúa hacia fines del cuarto siglo en adelante, y se refiere a las asoladoras invasiones que los godos hicieron sufrir al Imperio Romano.

Después de citar extensamente la obra de Eduardo Gibbon, "History of the Decline and Fall of the Roman Empire" (Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano), caps. 30-33, relativos a las conquistas de los godos, Alejandro Keith presenta un admirable resumen de las palabras del historiador que recalcan el cumplimiento de la profecía:

"Los largos extractos demuestran claramente cuán bien y con cuánta amplitud Gibbon expuso este texto en la historia de la primera trompeta, la primera tempestad que azotó la tierra romana, y la primera caída de Roma. Usando sus palabras como un comentario más directo, leemos así la suma de lo dicho: La nación goda estuvo en armas cuando se oyó el primer sonido de la trompeta, y a pesar de la insólita severidad del invierno, hicieron rodar sus pesados carros sobre el ancho y helado lomo del río. Los fértiles campos de Focia y Beocia quedaron cubiertos por un diluvio de bárbaros; los hombres fueron muertos y las mujeres y los ganados arreados. Las profundas y sangrientas huellas de los godos podían discernirse fácilmente después de varios años. Todo el territorio del Atica fué devastado por la funesta presencia de Alarico. Los más afortunados de los habitantes de Corinto, Argos, y Esparta se salvaron de la muerte pero contemplaron la conflagración de sus ciudades. Durante una estación de tanto calor que se secaron los lechos de los ríos, Alarico invadió el dominio del Occidente. Un aislado 'anciano de Verona' (el poeta Claudiano) lamentó patéticamente la suerte de los *árboles* de su tiempo, que hubieron de *arder* en la *conflagración* de todo el país [nótense las palabras de la profecía: 'La tercera parte de los *árboles* fué quemada']; y el emperador de los romanos huyó ante el rey de los godos.

"Se levantó una furiosa tempestad entre las naciones de Germania, desde cuyo extremo septentrional los bárbaros marcharon casi hasta las puertas de Roma. Lograron destruir el Occidente. La sombría nube que se había formado a lo

largo de las costas del Báltico, estalló con acompañamiento de truenos sobre las márgenes del Danubio superior. Las praderas de las Galias, donde pastaban rebaños y manadas, y las orillas del Rin que estaban cubiertas de casas elegantes y predios bien cultivados, formaban un panorama de paz y abundancia, que se transformó repentinamente en un desierto, distinguido de la soledad de la naturaleza tan sólo por ruinas humeantes. Muchas ciudades fueron cruelmente oprimidas o destruidas. Muchos millares fueron inhumanamente muertos. Las llamas consumidoras de la guerra se extendieron sobre al mayor parte de las diecisiete provincias de Galia.

"Luego Alarico extendió sus estragos a Italia. Durante cuatro años los godos saquearon y reinaron sin control. Y durante el saqueo e incendio de Roma, las calles de la ciudad se llenaron de cadáveres; las llamas consumieron muchos edificios públicos y particulares; y las ruinas de un palacio subsistían aún un siglo y medio más tarde como grandioso monumento de la conflagración goda."[\[3\]](#)

Después de este resumen, Keith completa el cuadro diciendo:

"La frase final del capítulo 33 de la historia de Gibbon es por sí misma un comentario claro y abarcante; porque al clausurar su propia descripción de este período breve pero desbordante de acontecimientos, concentró en declaraciones paralelas la suma de la historia y la substancia de la predicción. Pero las palabras que preceden a dichas declaraciones no carecen de significado: 'La devoción pública de aquella época tenía impaciencia por exaltar los santos y mártires de la Iglesia Católica a los altares de Diana y Hércules. La unión del Imperio Romano quedó disuelta; su genio humillado en el polvo; y ejércitos de bárbaros desconocidos, salidos de las regiones heladas del norte, establecieron su reinado victorioso sobre las provincias más hermosas de Europa y de Africa.

"La última palabra, Africa, es la señal para que suene la segunda trompeta. El escenario se traslada de las orillas del Báltico a la costa meridional del Mediterráneo, o de las regiones heladas del norte a las playas ardientes del Africa. Y en vez de ser arrojada una tempestad de granizo sobre la tierra, un monte 'ardiendo con fuego' fué lanzado al mar."[\[4\]](#)

**VERS. 8, 9: Y el segundo ángel tocó la trompeta, y como un grande monte ardiendo con fuego fué lanzado en la mar; y la tercera parte de la mar se tornó en sangre. Y murió la tercera parte de las criaturas que estaban en la mar, las cuales tenían vida; y la tercera parte de los navíos pereció.**

*La segunda trompeta.*--El Imperio Romano, después de Constantino el Grande, se dividió en tres partes. De ahí que la frecuente mención de "la tercera parte de los hombres" sea una alusión a la tercera parte del imperio que sufría el azote. Esta division del Imperio Romano fué realizada al morir Constantino por sus tres hijos: Constancio, Constantino II y Constante. Constancio poseyó el Oriente y fijó su residencia en Constantinopla, la metrópoli del imperio. Constantino II obtuvo Gran Bretaña, las Galias y España. Constante reinaba sobre Iliria, Africa e Italia.

El sonido de la segunda trompeta se refiere evidentemente a la invasión y conquista de Africa, y más tarde Italia, por Gaiseric (Genserico), rey de los vándalos. Sus conquistas fueron mayormente navales, y sus triunfos fueron "como un grande monte ardiendo con fuego, . . . lanzado en la mar." ¿Qué figura podría ilustrar mejor o siquiera tan bien la colisión de las flotas o la destrucción general de la guerra en las costas marítimas? Al explicar esta trompeta, necesitamos buscar acontecimientos que influyan particularmente en el mundo comercial. El símbolo usado nos induce naturalmente a buscar agitación y conmoción. Nada que no sea una fiera guerra marítima puede cumplir la predicción. Si el sonido de las primeras cuatro trompetas se refiere a cuatro acontecimientos notables que contribuyeron a la caída del Imperio Romano, y la primera trompeta predecía los estragos hechos por los godos bajo Alarico, al estudiar la segunda trompeta buscaremos el siguiente acto de invasión que sacudió el poder romano y preparó su caída. Esta siguiente gran invasión fué la de Genserico, a la cabeza de los vándalos. Su carrera llegó a su apogeo entre los años 428-468. Este gran jefe vándalo estableció su cuartel general en Africa. Pero como dice Gibbon, "el descubrimiento y la conquista de las naciones negras [en Africa] que pudiesen moraren la zona tórrida, no había de tentar la ambición racional de Genserico; así que dirigió las miradas hacia el mar; resolvió crear una fuerza naval, y ejecutó su audaz resolución con perseverancia activa y constante."[\[5\]](#) Desde el puerto de Cartago salló repetidas veces como pirata, para arrebatar presas al comercio romano y hacer la guerra al imperio. Para hacer frente a ese monarca del mar, el emperador Mayoriano, hizo extensos preparativos navales.

"Se talaron los bosques de los Apeninos; se restauraron los arsenales y las fábricas de Ravena y Misena; Italia y la Galia rivalizaron en hacer contribuciones generosas al erario público; y la marina imperial de trescientas galeras grandes, con una adecuada proporción de transportes y navíos menores, se reunió en el seguro y espacioso puerto de Cartagena en España. . . . Pero Genserico se salvó de una ruina inminente e inevitable por la traición de algunos súbditos poderosos, que envidiaban o temían el éxito de su señor. Guiado por su comunicación secreta, sorprendió la flota sin custodia en la bahía de Cartagena; muchos de los barcos fueron hundidos, capturados o quemados; y los preparativos de tres años fueron destruídos en un solo día. . . .

"El reino de Italia, nombre al que se había reducido gradualmente el Imperio Occidental, fué afligido, durante el gobierno de Ricimero, por las depredaciones incesantes de los piratas vándalos. En la primavera de cada año, equipaban una flota formidable en el puerto de Cartago; y Genserico mismo, aunque ya viejo, comandaba todavía en persona las expediciones más importantes. . . .

"Los vándalos visitaron repetidas veces las costas de España, Liguria, Toscana, Campania, Lucania, Brutio, Apulia, Calabria, Venecia, Dalmacia, Epiro, Grecia y Sicilia. . . .

"La celeridad de sus movimientos les permitía amenazar y atacar los objetivos más lejanos que atrajesen sus deseos; y como siempre embarcaban un número suficiente de caballos, podían recorrer, apenas desembarcaran, la desalentada región con un cuerpo de caballería ligera."[\[6\]](#)

Una última y desesperada tentativa de despojar a Genserico de la soberanía del mar fué hecha en 468 por León I, emperador del Oriente. Gibbon lo atestigua así:

"El gasto total de la campaña africana, cualesquiera que fueran los medios de sufragarla, ascendió a la suma de 130.000 libras de oro, unos 5.200.000 libras esterlinas. . . . La flota que salió de Constantinopla para Cartago consistía en 1.113 barcos, y el número de los soldados y los marineros excedía de los 100.000 hombres. . . . El ejército de Heraclio y la flota de Marcelino se unieron o secundaron al lugarteniente imperial. . . . El viento favoreció los designios de Genserico. Hizo tripular sus mayores barcos de guerra por los más valientes de los moros y vándalos, y arrastraron tras sí muchas barcasas llenas de material combustible. En la obscuridad de la noche, estos navíos destructores fueron impelidos contra la flota de los romanos, que no estaban en guardia ni sospechaban nada, pero se dieron cuenta al instante del peligro. Su orden cerrado facilitó el progreso del fuego, que se comunicaba con violencia rápida e irresistible; y el ruido del viento, el crepitar de las llamas, los gritos disonantes de los soldados y marineros, que no podían ni ordenar ni obedecer, acrecentaban el horror del tumulto nocturno. Mientras trabajaban para desenredarse de los brulotes y salvar por lo menos parte de la flota, las galeras de Genserico los atacaron con valor templado y disciplinado; y muchos de los romanos que escaparon a la furia de las llamas, fueron muertos o capturados por los vándalos victoriosos. . . . Después del fracaso de esa gran expedición, Genserico volvió a ser el tirano del mar; las costas de Italia, Grecia y Asia volvieron a estar expuestas a su venganza y avaricia; ; Trípoli y Cerdeña volvieron a obedecerle; añadió Sicilia al número de sus provincias; y antes de morir, en la plenitud de sus años y de la gloria, contempló la extinción final del imperio de Occidente."[\[7\]](#)

Acerca de la parte importante que este audaz corsario desempeñó en la caída de Roma, Gibbon usa este lenguaje: "Genserico, un nombre que, en la destrucción del Imperio Romano, mereció igual jerarquía que los nombres de Alarico y Atila."[\[8\]](#)

**VERS. 10, 11: Y el tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una grande estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó en la tercera parte de los ríos, y en las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella se dice Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas fué vuelta en ajenjo: y muchos hombres murieron por las aguas, porque fueron hechas amargas.**

*La tercera trompeta.*--En la interpretación y aplicación de este pasaje, llegamos al tercer acontecimiento importante que resultó en la subversión del Imperio Romano. En la exposición del cumplimiento histórico de esta tercera trompeta reconocemos nuestra deuda a las notas de Alberto Barnes por algunos extractos. Como dice este comentador, para explicar este pasaje es necesario "que haya algún capitán o guerrero que pueda compararse a un meteoro ardiente; cuyo curso sea singularmente brillante; que aparezca repentinamente como una estrella fugaz, y luego desaparezca como una estrella cuya luz se apagase en las aguas; que el curso asolador de ese meteoro abarque mayormente las partes del mundo en que abundan los manantiales y los cursos de agua; que se produzca un efecto *como si* esos cursos y manantiales se volbiesen amargos; es decir que perezcan muchas personas, y

que extensas desolaciones sean causadas en el vecindario de esos ríos y cursos de agua, *como si* una estrella amarga y funesta cayese en las aguas, y la muerte se difundiese por las márgenes adyacentes regadas por ellos."[\[9\]](#)

La premisa sentada aquí es que esta trompeta alude a las guerras asoladoras y furiosas invasiones que Atila, rey de los hunos, dirigió contra el poder romano. Hablando de este guerrero, y particularmente de su apariencia personal, dice Barnes:

"En su aspecto, se parecía mucho a un brillante meteoro que fulgurase por el cielo. Vino del Oriente juntando sus hunos, y los volcó, como veremos, repentinamente sobre el imperio, con la rapidez de un meteoro fulgurante. Se consideraba consagrado a Marte, el dios de la guerra, y solía ataviarse en forma peculiarmente vistosa, de manera que su apariencia, de acuerdo con el lenguaje de sus aduladores, bastaba para deslumbrar a quienes le mirasen."[\[10\]](#)

Al hablar de la *localidad* de los sucesos predichos por esta trompeta, Barnes tiene esta nota:

"Se dice particularmente que el efecto iba a ser sobre 'los ríos' y 'las fuentes de las aguas.' Sea que esto tenga aplicación literal, o que, de acuerdo a lo supuesto en el caso de la segunda trompeta, el lenguaje usado se refería a la parte del imperio que sería particularmente afectada por una invasión hostil, podemos suponer que se refiere a las regiones del imperio donde abundaban los ríos y cursos de agua, y más particularmente donde nacen los ríos y corrientes, pues el efecto era permanentemente en las '*fuentes* de las aguas.' De hecho, las principales operaciones de Atila fueron en las regiones de los Alpes, y en aquellas porciones del imperio de donde los ríos descienden a Italia. Gibbon describe así en forma general la invasión de Atila: 'Toda la anchura de Europa, en lo que se extiende por más de ochocientos kilómetros desde el Euxino al Adriático, fué invadido de una vez, ocupado y asolado por las miríadas de bárbaros que Atila llevó al campo.'"[\[11\]](#)

*El nombre de la estrella es Ajenjo.*--La palabra "ajenjo" indica amargas consecuencias. "Estas palabras, que se relacionan más estrechamente con el versículo anterior, . . . nos recuerdan . . . el carácter de Atila, la miseria de la cual fué autor o instrumento y el terror que inspiraba su nombre.

" 'La extirpación total y la supresión,' son los términos que mejor definen las calamidades que él infligía. . . .

"Atila se jactaba de que la hierba no volvía a crecer donde había pisado su caballo. 'El azote de Dios' fué el nombre que se atribuyó, y lo insertó entre sus títulos reales. Fué 'el azote de sus enemigos, y el terror del mundo.' El emperador occidental, el senado y el pueblo de Roma, con humildad y temor, procuraron aplacar la ira de Atila. Y el párrafo final de los capítulos que refieren su historia, se titula 'Síntomas de la decadencia y ruina del gobierno romano.' El nombre de la estrella era Ajenjo."[\[12\]](#)

**VERS. 12: Y el cuarto ángel tocó la trompeta, y fué herida la tercera**

*Las Profecías del Apocalipsis.*- parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas; de tal manera que se oscureció la tercera parte de ellos, y no alumbraba la tercera parte del día, y lo mismo de la noche.

*La cuarta trompeta.*--Entendemos que esta trompeta simboliza la carrera de Odoacro, el primer bárbaro que gobernó a Italia y que estuvo estrechamente relacionado con la caída de la Roma *Occidental*. Los símbolos del sol, la luna y las estrellas, pues se usan indudablemente como símbolos, denotan evidentemente las grandes luminarias del gobierno romano: sus emperadores, senadores y cónsules. El último emperador de la Roma Occidental fué Rómulo, al que por derision se llamó *Augústulo*, o sea el "diminuto Augusto." La Roma Occidental cayó en 476. Sin embargo, aunque se apagó el sol romano, sus luminarias subordinadas brillaban débilmente mientras subsistían el senado y los cónsules. Pero después de muchos reveses civiles y cambios de fortuna política, por fin quedó subvertida toda la forma del antiguo gobierno, y Roma misma, que fuera antes emperatriz del mundo, se vió reducida a la condición de un pobre ducado tributario del exarca de Ravena.

La extinción del Imperio Occidental queda así registrada por Gibbon:

"El infortunado Augústulo fué hecho instrumento de su propia desgracia: presentó su renuncia al senado; y aquella asamblea, en su último acto de obediencia a un príncipe romano, afectó todavía el espíritu de libertad y las formas de la constitución. Por decreto unánime, dirigió una epístola al emperador Zenón, yerno y sucesor de León, recién repuesto en el trono bizantino, después de una corta rebelión. Solemnemente 'negaron [los senadores] la necesidad, o aun el deseo de continuar por más tiempo la sucesión imperial en Italia; puesto que en su opinión la majestad de un solo monarca bastaba para dominar y proteger tanto el Oriente como el Occidente. En su propio nombre y en el del pueblo, consintieron en que la sede del imperio universal fuese trasladada de Roma a Constantinopla; y renunciaron vilmente al derecho de elegir a su señor, el único vestigio que les quedaba todavía de la autoridad que había dado leyes al mundo.' "[\[13\]](#)

Alejandro Keith comenta la caída de Roma en las siguientes palabras:

"Se extinguió el poder y la gloria de Roma como dominadora de otra nación cualquiera. A la reina de las naciones sólo le quedaba su nombre. Desapareció de la ciudad imperial toda insignia de la realeza. La que había gobernado a las naciones se sentaba en el polvo, como una segunda Babilonia, y no había trono donde habían reinado los Césares. El último acto de obediencia a un príncipe romano que ejecutó aquella asamblea una vez augusta, fué la aceptación de la renuncia del último emperador del Occidente, y la abolición de la sucesión imperial en Italia. El sol de Roma había sido herido. . . .

"Un nuevo conquistador de Italia, el ostrogodo Teodorico, se levantó prestamente, asumió inescrupulosamente la púrpura y reinó por derecho de conquista. 'La realeza de Teodorico fué proclamada por los godos (5 de marzo de 493), con el consentimiento tardío, adverso y ambiguo del emperador del Oriente.' El poder imperial romano, del que habían sido la sede Roma o Constantinopla, conjuntamente o por separado, en el Occidente o el Oriente, ya no fué reconocido en Italia, y la tercera parte del sol fué herida hasta el

punto que no emitía ya los rayos más débiles. El poder de los Césares ya no fué conocido en Italia; y un rey godo reinó sobre Roma.

"Pero aunque fué herida la tercera parte del sol, y el poder de la Roma imperial cesó en la ciudad de los Césares, siguieron brillando la luna y las estrellas por un tiempito más en el hemisferio [imperio] occidental, aun en medio de las tinieblas godas. El consulado y el senado ['la luna y las estrellas'] no fueron abolidos por Teodorico. 'Un historiador godo aplaude el consulado de Teodorico como el apogeo de todo poder y grandeza temporales;' así como la luna reina de noche después de la puesta del sol. Y en vez de abolir ese cargo, Teodorico mismo 'felicitaba a esos anuales favoritos de la fortuna que, sin los cuidados del trono, gozaban su esplendor.'

"Pero, en su orden profético, el consulado y el senado de Roma llegaron a su fin, aunque no cayeron por manos de los vándalos ni los godos. La siguiente revolución que sufrió Italia fué su sujeción a Belisario, el general de Justiniano, emperador del Oriente. No perdonó lo que los bárbaros habían santificado. 'El consulado romano extinguido por Justiniano en 541,' es el título del último párrafo del capítulo 40 de la historia de la decadencia y caída de Roma, por Gibbon. 'La sucesión de los cónsules cesó finalmente en el año trece de Justiniano, a cuyo temperamento despótico podía agrandar la extinción silenciosa de un título que recordaba a los romanos su antigua libertad.' 'Fué herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas.' En el firmamento político del mundo antiguo, mientras subsistía el reinado de la Roma imperial, el cargo de emperador, el consulado y el senado brillaban como el sol, la luna y las estrellas. La historia de su decadencia y caída llega hasta cuando los dos primeros se han apagado con referencia a Roma e Italia, que durante tanto tiempo habían sido la primera de las ciudades y el primero de los países; y finalmente, cuando termina la cuarta trompeta, vemos la 'extinción de aquella ilustre asamblea,' el senado romano. La ciudad que había regido el mundo fué, como una burla dirigida a la grandeza humana, conquistada por el eunuco Narses, sucesor de Belisario. Derrotó a los godos (552[\*]), logró 'la conquista de Roma,' y quedó sellada la suerte del senado."[\[14\]](#)

E. B. Elliott habla como sigue del cumplimiento de esta parte de la profecía en la extinción del Imperio Occidental:

"Así se fué preparando la catástrofe final, por la cual habían de extinguirse los emperadores occidentales y su imperio. Hacía mucho que se había ausentado la gloria de Roma; una tras otra sus provincias le habían sido arrancadas; el territorio que todavía le quedaba se había vuelto desierto; y sus posesiones marítimas, sus flotas y su comercio habían sido aniquilados. Poco le quedaba fuera de los vanos títulos e insignias de la soberanía. Y ahora había llegado el momento en que estas cosas también le iban a ser quitadas. Apenas veinte años después de Atila, y muchos menos después de la muerte de Genserico (quien había visitado y saqueado antes de su muerte la ciudad eterna en una de sus expediciones de merodeo marítimo, y había preparado así aun más cabalmente la consumación venidera), más o menos entonces, digo, Odoacro, jefe de los hérulos, resto bárbaro de la hueste de Atila dejado en las fronteras alpinas de Italia, se interpuso con su orden de que el *nombre* y el *cargo de emperador romano del Occidente* fuesen abolidos. Abdicó el último fantasma

de un emperador, aquel cuyo nombre, Rómulo Augústulo, se prestaba singularmente para que una mente reflexiva contrastara las glorias pasadas de Roma y su actual degradación; el senado remitió las insignias imperiales a Constantinopla, y declaró al emperador del Oriente que un monarca bastaba para todo el imperio. Así se eclipsó la tercera parte del sol imperial, la que pertenecía al Imperio Occidental, y ya no resplandeció más. Digo ese tercio de su orbe que pertenecía al imperio occidental; porque la fracción apocalíptica es literalmente exacta. En el último arreglo entre las dos; cortes, todo el tercio ilírico había sido transferido a la división *oriental*. De modo que en el Occidente se había producido 'la extinción del imperio;' había caído la noche.

"No obstante esto, debe recordarse que la autoridad del nombre romano no había cesado completamente. El senado de Roma continuaba reuniéndose como de costumbre. Los cónsules eran nombrados anualmente, uno por el emperador oriental, y otro por Italia y Roma. Odoacro mismo gobernó a Italia bajo un título (el de *patricio*) que le confirió el emperador oriental. En cuanto se refería a las provincias occidentales más lejanas, o por lo menos a considerables regiones de ellas, el vínculo que las unía con el Imperio Romano no se cortó completamente. Había todavía cierto reconocimiento, aunque débil, de la suprema autoridad imperial. La luna y las estrellas parecían reflejar todavía en el Occidente una luz débil. Pero, con el transcurso de los acontecimientos que se sucedieron unos a otros rápidamente durante el siguiente medio siglo, ellas también se extinguieron. Teodorico el ostrogodo, después de destruir a los hérulos y su reino en Roma y Ravena, reinó en Italia de 493 a 526 como soberano independiente; y después de conquistar Belisario y Narses a Italia, cuando vencieron a los ostrogodos (conquista precedida de guerras y asolamientos que dejaron casi desierto al país y sobre todo su ciudad de las siete colinas), el senado romano fué disuelto y abrogado el consulado. Además, en lo que se refiere a los príncipes bárbaros de las provincias occidentales, su independencia del poder imperial se fué afirmando y comprendiendo más distintamente. Después de un siglo y medio de calamidades casi sin parangón en la historia de las naciones, como lo indica correctamente el Dr. Robertson, la declaración de Jerónimo, casi calcada de la figura del pasaje apocalíptico, pero pronunciada prematuramente cuando Alarico tomó Roma por primera vez, podría considerarse finalmente como cumplida: '*Clarissimum terrarum lumen extinctum est,*' (El glorioso sol del mundo se ha extinguido); o como lo ha expresado el poeta moderno, siempre bajo la influencia de las imágenes apocalípticas: 'Estrella por estrella, vió expirar sus glorias,' hasta que no quedó siquiera una sola estrella que titilase en la noche oscura y vacía."[\[15\]](#)

Fueron verdaderamente horribles los estragos que realizaron esas hordas bárbaras bajo sus audaces pero crueles y desenfrenados caudillos. Sin embargo, las calamidades que sufrió el imperio bajo las primeras incursiones de esos bárbaros fueron cosa ligera en comparación con las calamidades que iban a seguir. No eran sino las gotas preliminares de una lluvia torrencial que iba a caer pronto sobre el mundo romano. Las tres trompetas que quedaban llegaban cubiertas por una nube de desgracia, según se indica en los versículos que siguen.

**VERS. 13: Y miré, y oí un ángel volar por medio del cielo, diciendo en alta voz: ¡Ay! ¡ay! ¡ay! de los que moran en la tierra, por razón de las otras voces de trompeta de los tres ángeles que han de tocar.**

Este ángel no pertenece a la serie de los siete que tienen trompetas, sino que es simplemente otro mensajero celestial encargado de proclamar que las tres trompetas restantes anuncian ayes debidos a los acontecimientos más terribles que han de producirse mientras toquen. De manera que la siguiente trompeta, o quinta, es el primer ay; la sexta el segundo ay; la séptima, última de las trompetas, es el tercer ay.

[1] Alejandro Keith, "Signs of the Times," tomo I, pág. 241.

[2] Ibid.

[3] Id., 251-253.

[4] Id., pág. 253

[5] Eduardo Gibbon, "The Decline and Fall of the Roman Empire," tomo 3, cap. 36, pág. 459.

[6] Id., págs. 481-486.

[7] Id., págs. 495-498.

[8] Id., cap. 33, pág. 370.

[9] Alberto Barnes, "Notes on Revelation," pág. 239, comentario sobre Apocalipsis 8:11.

[10] Ibid.

[11] Id., pág. 240.

[12] Alejandro Keith, "Signs of the Times," tomo 1, págs. 267-269.

[13] Eduardo Gibbon, "The Decline and Fall of the Roman Empire," tomo 3, cap. 36, pág. 512.

[14] Alejandro Keith, "Signs of the Times," tomo 1, págs. 280-283.

[15] Eduardo B. Elliott, "Horae Apocalypticae," tomo 1, págs. 354-356.

[\*] Eduardo Gibbon en su "History of the Decline and Fall of the Roman Empire," tomo 4, cap. 43, págs. 273-274, coloca la derrota y muerte de Teias, el último rey de los godos, en 553. Ésta es la fecha generalmente aceptada por los historiadores, y es la que sigue el autor de este libro. (Véanse las págs. 99, 100 del tomo 1 ("Las profecías de Daniel").--Comisión revisora.